

Un negociete

Por Jorge Luis Marzo

Cuando lo has hecho una vez, ya no puedo volver atrás, porque no pasa nada. En estas cosas, uno no se vuelve atrás. Quien inventó esta expresión nunca mató a un hombre, desde luego. Yo no peco, que quede claro, porque los pecadillos no llevan a ninguna parte. Los pecados son así, insatisfechos en sus ganancias, porque se supone que siempre quieren más en su trifulca moral.. quieren ser los más grandes. A lo que iba, he matado a un hombre, a un tipejo sin importancia, a un media mierda que estoy seguro nadie va a echar en falta. Vine aquí a matar a un hombre que no conocía, y zas, de entrada mato al único que conocí, aunque fuera sólo 10 minutos. Mis planes se han estropeado un poco, pero me redime pensar que los de aquel hijoputa se han estropeado del todo y ahora está en la misma situación que yo, que tampoco puede volver atrás. No sé si pensar que todo ello se debe a una cierta mala suerte que me acompaña desde hace algún tiempo. Nunca he sido un profesional muy pulcro pero mi curriculum es intachable. Nunca he fallado. Claro que en casa todo es mucho más facil. Por eso no debería culparme de nada. Yo no sé nada de esta extraña ciudad, y cuando me pagaron, nadie me dijo que tenía que aprenderme las líneas del metro. Así pues, debería estar tranquilo. Por otro lado, admito que pelarme a un tio aquí en Nueva York, me da un tilín especial. Ahora me siento culpable por ser romántico. En casa me matarían. Pero joder... he visto tantas películas sobre tipos que se cargan en este sitio, que cuando llegué me pregunté si todo el mundo iría armado. Y que vá... son todos más inocentones que el portero del asilo de mi madre... que si lo siento... que si perdón... piden todo por favor, un agobio... porque sé algo de inglés, no se vayan a creer, que estudié un tiempo con unos tipos

ingleses del Manchester que me enseñaron algunas cosas muy instructivas e interesantes, aunque la verdad no entiendo ni papa cuando hablan más de tres palabras. Ni falta que hace... en mi trabajo no hay que entender mucho... hay que ser nervioso y saber cuando disimularlo... si no, no te comes nada.

La verdad es que no he tenido ni tiempo de enterarme de nada. El primer día me fui a la estatua de la libertad... una birria. Y eso que me lo aconsejó la tía de la agencia de viajes. La Sagrada Familia le dá mil vueltas. Por la tarde ya me fui a husmear un poco por ahí... pero me metí en unos baretos donde había sólo teles y tios jugando; poca cosa iba a sacar yo de ahí. Fue entonces cuando se me ocurrió mirar el mapa con detalle y eso de Brooklyn ya me sonaba más acorde a mi agenda, a lo que yo había venido a hacer. La cara del pavo que me tenía que guindar ya la tenía yo en la cabeza: estaba en Manhattan. La cuestión era la pipa, porque yo prefiero el trabajo con pipa. Y nada más facil que una pipa en el oeste americano.

Bueno, pues me fui a Brooklyn, a un sitio que me molaba por el nombre... no sé qué de Jamaica. Pensé que donde hay porros hay de lo demás. En casa hay de lo mio donde hay jaco, pero yo qué sé en este puto y aburrido lugar. Me bajé en una de las últimas estaciones, no por nada especial, sino porque me quedé frito en el trayecto. Estuve vagabundeando un rato por aquellas curiosas calles, ante las que mi querido barrio de San Cosme parecía un autentico palacio. He, he... me acordé del tío Gregorio. Le hubiera encantado. Y así andando, me metí en un bareto en el que ni mi madre, que ya es decir, se hubiera atrevido a entrar. Entonces me encontré a aquel tío. Ahora pienso lo corto que era, porque nunca se le ocurrió que estaba viviendo los últimos minutos de su miserable existencia. No es que la mia sea una maravilla, pero sólo verle uno ya sabía que ni siquiera la policía se iba jamás a molestar por él. Y yo con la policía siempre tengo un

trato especial, hay algo importante entre ellos y nosotros. Ya lo noté cuando estuve varias horas charlando con un sudaca en las aduanas. Me preguntó de todo. Creo que no le gusté pero al fin lo convencí de que iba de vacaciones o algo así. ¡Imagínense! Yo... teniendo que dar explicaciones, y a un tío como él ... ¡cómo está cambiando el mundo!. Fue allí cuando empecé a pensar que esta ciudad no estaba hecha para mi.

Les contaba que entré en aquel mugriento bar, que tenía, ahora que lo pienso, algo del Bar Kentucky de Barcelona... claro, como estaba en los USA, era lo mas normal. Pues me tomé algunas cervezitas y me puse a charlar, por decirlo de alguna manera, con aquel mugriento mequetrefe. Hablar no es exactamente lo que pasó. Se dirigió a mi con intención clara de tocarme las pelotas. No sé qué otra intención puede tener un negro conmigo. Porque era negro. Yo no tengo problemas con eso, porque en el barrio ya nos hemos puesto las botas muchas veces. Al rato, efectivamente, me tocó las pelotas. Me hablaba en arameo, y sobre todo me daba palmaditas en el hombro, lo que siempre he sentido con cierto disgusto. Yo no le decía nada hasta que se me ocurrió hacerle la señal de un pipa, a ver si entendía por donde iban mis intenciones. Entonces se quedó muy callado, como si su falta de inteligencia se hubiera acallado por un instante. Me dijo no sé qué y me citó para el día siguiente en el mismo lugar, haciendo señas con los dedos de querer 500 dolares lirondos. Le dije que mañana. Y eso fue. A la mañana siguiente se había muerto. Yo tenía su pistola y sí, funcionaba bien. Él cobró lo suyo, que yo no soy mal pagador. La cosa fue bastante rápida, en el típico callejón de película. Para eso los gringos lo tienen todo muy preparado, lo que es de agradecer. Me lo ponían en bandeja... el clásico sitio seguro y sin nadie. Además, hacía un frio de la ostia y quedaba como más duro, como en la tele. En la oscuridad dijo no sé qué, se puso nervioso y después lo dejé solo, ya mucho más

tranquilo. Como les digo, deja la garganta un poco reseca cuando te trabajas un tipo al que conoces hace más de 10 minutos. No sé, te entra sed.

Volví al hotelito que me había agenciado. No gran cosa, pero la verdad es que pagaba una auténtica fortuna a un tipo ombligudo que siempre me pedía la llave antes de salir. Supongo que para husmear mis cosas. A veces, me imaginaba yo, yendo de vuelta al hotel y encontrándomelo con las manos en la masa. Le tenía ganas, pero tampoco era cuestión de complicar más las cosas. Porque un día me lo encontré de verdad y así fue como actué. No compliqué las cosas y me fui... porque tenía un trabajito que hacer, que para eso me habían pagado. ¡Y cómo! Cinco kilos al contado. Le pude pagar todo al tío Gregorio. Que para eso del dinero, era muy mirado; bueno, como yo o más.

No sabía muy bien cómo encontrar al tipo susodicho. Miré en el listín telefónico y había un montón con su nombre... ¡y yo qué coño iba a hacer! Desde luego llamarlos por teléfono no era una gran idea porque si acertaba con el pavo, enseguida supondría que iba a por él. Mi acento no es muy de Chespir, y se nota, lo veo en la cara de los imbéciles de por aquí. Bueno, entonces pensé que, como el que pagaba era un tío de los de pasta, no me iba a encargar hacerle un trabajito a un matao sino a alguien de su alcurnia. Pues tendrá una chacha sudaca digo yo, de esas que te la chupa cuando te apetece, como hace el tío Gregorio con la Charo.

Me puse al teléfono y pedí por la chacha allí donde llamaba. Joder si hay chachas en esta puta ciudad. Y por lo visto todas la chupaban porque todas eran sudacas. Y entonces dí con el menda. Si señor, era ese el cabrón, nombre completo, trabajo, etc. Se preguntarán cómo conseguí esas informaciones. Y es que uno ya tiene su experiencia. El hambre hace mucho y mi madre nos enseñó lo suficiente y desde luego, el tío Gregorio. Me hice

pasar por un tío del censo. Lo lei en el periódico de sudacas que publican aquí. El censo del 2000. Así que iba preguntando con voz grave y como entendiéndolo mucho. Y como la familia viene de Murcia, pues el acento se parece algo al que dejamos en Sudamérica cuando los cristianizamos. Y con cuatro camelos bien dichos y con un tonillo de querer que te la chupen, las chachas se deshacían en sus braguitas y soltaban todo lo que quería oír.

El trabajo fue fácil. Mientras el portero del superedificio en el que el gacho vivía intentaba parar un taxi para una tía rebuena que esperaba dentro del vestíbulo, me colé vestido de fontanero o de algo así, lo primero que compré. Cuando el pavo regresó de trabajar lo paré en el rellano de su casa y dí buena cuenta de él. No hizo falta ni pistola. Algo raro en mí. Le endiñé la albaceteña que de tantos apuros me ha sacado, hasta que estuve seguro de que nadie más se la iba a mamar. Sólo tuve que esperar un poco a que otra gachí le pidiera un taxi al portero para salir tan pancho.

Estuve un par de días en un sitio muy bonito que me habían dicho, Atlantic City. Fui con autobús, todo muy moderno. Allí se juega mucho a las máquinas tragaperras. Pensé tanto en mamá, eso sería su paraíso. La verdad es que gané algún dinerillo que inmediatamente invertí en una mamada de negrilla, quien, por cierto, no quería tragárselo. ¿Se lo pueden imaginar? Es igual... si no tragó conmigo, ya no tragaré con nadie más. Prontos que tengo yo. Y después, pues sin más, como hay que hacer las cosas, cogí el avión de vuelta para casa. Y eso fue todo. No sé qué decir, no me impresionó tanto la ciudad de los rascacielos. Sí, son altos, pero no tienen ningún orden. Y nadie se dá cuenta de ellos, nadie se puede pasar todo el día mirando al cielo. No hay cuello que lo aguante. El tío Gregorio, que una vez estuvo aquí para un negociete, hace ya muchos años, se quedó con la retorta en el cogote durante un par de semanas. Aunque dice que se lo pasó muy bien con los colegas. Si es que no hay nada como la juventud,

cuando somos nerviosos y sabemos disimular. Eso es lo que dice siempre el tío Gregorio. Aunque mamá piense que se ríe de ella. Cosillas de familia.

JLM

NYC, enero de 2000